

## Los otros

Armando Bartra

### Pulgarcito

*Nací en Bridgeport, Connecticut, el 11 de enero de 1832. He viajado cincuenta mil millas, he estado junto a más testas coronadas que cualquier otro yanqui viviente [...] y he besado a cerca de dos millones de damas, incluyendo a las reinas de Inglaterra, Francia, Bélgica y España [...] Adoro a mi Creador [...] Él me dio un cuerpo pequeño, pero creo que no achicó mi corazón, ni mi cerebro, ni mi alma.* Charles S. Stratton, conocido como General Tom Thumb.

El 4 de enero de 1838, en Bridgeport, Connecticut, nació Charles Sherwood Stratton, quien al llegar a los 63 centímetros dejó de crecer. En 1886 se descubriría la relación entre la glándula pituitaria y el desarrollo corporal, pero medio siglo antes la pequeñez del niño era un estigma, una maldición y en el mejor de los casos una señal. Hijo, nieto y bisnieto de militares, Charles nunca sería soldado.

Los pescadores y campesinos de Bridgeport, un pequeño puerto de 4,000 habitantes, atribuían al comportamiento de la madre que el niño hubiese nacido “marcado”, y la propia Cynthia se sentía culpable por haber enterrado durante su embarazo un perrito cachorro que se le murió. Pero lo más grave era que los Sherwood carecían de recursos suficientes para asumir la carga que representaba un enano en la familia.

En 1842 el niño es “descubierto” por el empresario maderero Philo F. Barnum, quien organiza un encuentro de los angustiados padres con su medio hermano, el promotor de espectáculos Phineas Taylor Barnum. Así describe la reunión Alice Curtis Desmont, biógrafa de Charles:

[Barnum] [...] paró al pequeño sobre su rodilla; admiró su cabello rubio, brillantes ojos negros y sonrosadas mejillas. Observó con asombro sus pies de tres pulgadas. Puso la increíblemente pequeña mano del niño sobre su propia gran palma,

comparándolas con admiración. Estaba perfectamente formado; no era un enano sino un encantador niño en miniatura.

—Amigos míos— dijo el neoyorquino dirigiéndose a Cynthia y Sherwood —¿Qué tal si me dejan mostrarlo en mi Museo de Broadway. Sería sensacional: la más maravillosa, la más rara curiosidad de toda mi colección.

—¡Exhibir a Charlie con esos fenómenos!— protestó la madre.

—Con mis celebridades, señora— la corrigió Barnum.

—Ciertamente necesitamos el dinero— admitió ella —pero odio pensar que tratan a Charlie como un fenómeno.

—Por qué no, Cynthia— dijo Sherwood—, [ ... ] este hijo, demasiado pequeño para ser militar, nos podría hacer ricos.

—Pero Sherwood; Charlie en exhibición pública con gigantes, enanos, niños gordos, mujeres barbudas... (Curtis, p. 13)

Finalmente Cynthia tuvo que ceder. Aunque de entrada Barnum sólo contrató a Charlie por cuatro semanas. “Qué hago si este niño empieza a crecer y se vuelve normal. No me serviría de nada”, pensó cauto.

De hecho en su Museo de Broadway el empresario ya tenía un enano en exhibición: Mayor Stevens, quien compartía el espectáculo en vivo con dos gigantes: el francés Monsieur Bihin y el árabe Colonel Goshen. A los que con el tiempo se añadirían Josephine Fortune Clofullia, la mujer barbuda; Amelia Hill, la mujer gorda; Millie Christine, la niña de dos cabezas; Charles Tripp, la maravilla sin brazos; Jo Jo, el niño ruso con cara de perro; Waino y Plutano, los hombres salvajes de Borneo; Máximo y Bartola, los niños aztecas; el microcéfalo Zip, conocido como “¿Qué es esto?”; además de personas “normales” con habilidades extraordinarias: el Conde Cour y sus pulgas industriales; el Profesor Pilay y sus perros educados; contorsionistas; acróbatas; ventrílocuos; malabaristas; prestidigitadores; equilibristas; comefuegos; tragasables; encantadores de serpientes; faquires; gitanas adivinatoras; cantantes de ópera ...

Ubicado en la céntrica esquina de Broadway y Ann, el Museo Americano había sido un local poco exitoso de exhibición de curiosidades, hasta que lo tomó

Barnum, empresario nacido en Bethel, Connecticut, y paradigma de hombre emprendedor, quien había debutado en el espectáculo de atrocidades en 1835 al reclutar a una tal Joice Heth, a la que hacían pasar por nodriza de George Washington. La negra decía tener 161 años. “Lo mismo hubiera podido decir que tenía mil —comenta Barnum al recordar el primer encuentro—. Tenía la cara como la corteza de un roble milenario, arrugada y acartonada, ni dientes, ni vista, ni oído. Era más bien una momia; pero una enorme y agresiva y descarada, que fumaba en pipa e insultaba a cualquiera que se le acercara. Se le había enseñado a hablar de Washington con familiaridad. ‘Mi pequeño George —decía—; si lo conoceré yo, yo que le he dado de mamar’” (De María y Campos, pp. 28-29).

Deslumbrado, Barnum vende su negocio y con mil dólares inicia una gira exhibiendo a Joice, a quien luego presenta en un café neoyorquino de Division y Bowery. Tras un paréntesis, durante el que comercializa betún para zapatos, en enero de 1842, el empresario toma en arriendo el local de la calle Ann, transformándolo en una combinación de circo, *vaudeville* y feria, con pretensiones de museo de historia natural. Por veinticinco centavos, y los niños la mitad, se pueden ver animales vivientes, disecados y en formol; una galería de pinturas y otra de esculturas; autómatas; proyecciones, dioramas y vistas; y sobre todo fenómenos en exhibición o actuando en el escenario del teatro del Museo. De la publicidad a viva voz, o *ballyhoo*, se encarga el distinguido merolico Fordyce Hilchcock, cuyos exaltados adjetivos: magnífico, estupendo, maravilloso, colosal, extraordinario..., convencen a las familias de inmigrantes pobres de que el Museo Americano es la mejor opción para el día de asueto. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 30. Esperpento*  
Centro de la Imagen / Conaculta/ Cenart, 2005.